



LAS GUERRILLERAS DEL AMOR



«MY SECRET LIFE»

CAPITULO 18

—Adriano di Tola, ¿quieres a Lavinia por esposa?
—No.

Al cura se le cayó el misal justo encima de los recalentados juanetes de un monaguillo; el muchacho compuso un rápido gesto de blasfemo, pero contuvo el exabrupto. La madrina —mamá de la novia— retorció un pellizco de acero en mi brazo derecho. «Teneos, señora. Vais a quebrar vuestras uñas en mis bíceps», dije, y volví la cara al estupefacto sacerdote. Sonrei tratando de animarle. El buen cura repitió la siniestra pregunta: «¿... Quieres a Lavinia por esposa?». Uní las manos en devoto ademán, respiré hondo, fui girando despacio mi perfil cartaginés hasta mi suegra y dije: «No». Lady Jellicoe-Stoppard masticaba la mantilla entre babas de iras; sus mandíbulas se abrían y cerraban en espantosa dentera sobre la fantasía de tul secamente, con la precisión inalterada de un metrónomo. Susurré: «Os vais a desgraciar las quijadas en el empeño, milady». La madrina terminaba ya de deglutir la mantilla, cuando su hija Lavinia se desmayó a mis pies.

Por tres veces consecutivas me di el gustazo de contestar que no a los propósitos matrimoniales de la duquesita de Jellicoe-Stoppard. Los monaguillos me animaron con gestos de aliento. El duque de Norkatesby me envió una bolita de papel impulsada por un tiragomas de marfil. Decía: «Adriano, eres un cachondo». La condesa del Bollo susurró al oído de Safo: «Esto le pasa a Lavinia por cambiarse de acera». Catalina de Médicis repartió pan y chocolate entre los cien mil hijos de San Luis, y el Bayern de Munich se disfrazó de boy-scout y se marchó de merienda al pantano de San Juan. A la salida, el Cid Campeador trató de encajarme a sus hijas, mientras los infantes de Carrión se dedicaban a hacer burradas por los jardines. El palacio de los Jellicoe-Stoppard seguía como al principio de la ceremonia: las ramas de los árboles soportaban el peso de trescientos mil jamones y un cadáver de segador sorprendido en el momento de lamer sus cortezas. Me fui hacia él y corté la soga con mi daga veneciana. «Llévdselo al duque. Es mi regalo de bodas para esta ceremonia incumplida». Luego me di un paseo por el camino de los tulipanes. La duquesa había mandado vestir todas las flores de tul ilusión y los almendros lucían un precioso tocado de esmeraldas. Al borde del invernadero, una señora —desnuda— refía al mayordomo porque éste había mirado con deseo su bajo vientre. El mayordomo, en un arrebatado de pasión, palmeó las nalgas de la invitada. «Gracias, Johnnatan —dijo ésta—. Tómame algo a mi salud». Un poco más allá, junto al lago de los cisnes, Ricardo III exigía de Norfolk: «Rápido, pon la gualdrapa a mi caballo. Me esperan en Mayte Comodoro para cenar. ¡Norfolk! ¡El caballo!». Al verme llegar, corrió hacia mí e imploró: «¡Adriano...! ¡Por todos los santos, necesito un caballo! ¡Mi reino por un caballo...!». Llegamos a un acuerdo. Le di el caballo y, allí mismo, ante el espanto de todos, Ricardo me dio su reino. Ahora, sí. Ahora, mi pobre madre podría seguir en el sanatorio. No es que esté enferma. Es que la gusta vivir allí para reirse de los enfermos.

ADRIANO DI TOLA

EL ARCHIVO DE DON CLAUDIO



—Anda, sube y bájate un preció.



—Mirando por el agujerito se ven ricos.